

EN EL ORÍGEN, EL YO Y EL OTRO.

RECONOCER ESTE ORIGEN, UN PASO FUNDAMENTAL EN EL PROCESO DE HUMANIZACIÓN.

María Paz Abalos Barros

Analista Junguiana, SCPA – IAAP

Artículo publicado en Revista Testimonio año 2017

Humanizarse para humanizar, frase en la invitación a colaborar en este número de Testimonio que me sedujo al punto de comprometerme a reflexionar. Voy a entender en este texto el humanizarse, volverse progresivamente más humano, como aquella expresión que emitimos, sobre una persona y su forma particular y única de ser, a partir de la experiencia que tenemos con ella, la que nos permite reconocer una evolución en su vida hacia aspectos humanamente muy valiosos para sí mismo y los otros simultáneamente. Aspectos consistentes en su expresión vital que no son sólo adecuaciones sociales o máscaras de sujetos bien portados.

La individuación, otra forma de llamar a la humanización, es el proceso que nos impele a volvernos una persona completa y no está exenta de tensiones y luchas, sobre todo con la tiranía del colectivo que teme a las rutas nuevas, y con la tiranía de los propios miedos que estacan en lo seguro y probado. Designa un proceso en que cada uno de nosotros avanzamos hacia la plena realización de un potencial único, expresión existencial de la huella digital que nos distingue como únicos. Decimos, por el contrario, de alguien que produce daño a los otros, que es inhumano o se ha deshumanizado a lo largo de su vida. También ahí hay expresión de un potencial único, el misterio de la expresión del potencial destructivo de lo humano. Sin embargo, a ese desarrollo no lo reconocemos intuitivamente como algo propio de quien se ha humanizado en el camino de su vida.

Entenderemos en este texto, el humanizarse, como aquel proceso evolutivo que contrarresta las fuerzas deshumanizadoras tanto en nosotros, como en los otros y en los ambientes que generamos los humanos.

Magíster en psicología clínica junguiana, UAI.

Directora Magíster en psicología clínica junguiana, Universidad Mayor.

Psicóloga clínica, PUC, y supervisora clínica, acreditada CONAPC.

paz.abalos@gmail.com

Humanizarse para humanizar.

Vínculo entre la experiencia personal y la experiencia colectiva.

No nos decidimos a hacernos enteros, más bien una energía vital que está dentro de nosotros nos obliga a tomar este camino. La vida nos manda en este proceso no lo que pedimos sino lo que necesitamos para crecer. Hay que aprender a ver el hilo que conecta los acontecimientos y relaciones que han formado el tejido de nuestra existencia. [...] La relación con los demás es una parte muy importante en el proceso de individuación. El amor es el crisol donde se realiza la pasión. Amar a alguien significa estar en posesión de sí mismo. (Palabras de Lola Hoffmann, en video realizado por su nieta, Leonora Calderón).

Mi aporte tiene como trasfondo dos encuentros-vivencias, que en mi presente me conmueven y que quiero señalar porque me parece son atingentes al fondo del tema a tratar e ineludibles, en tanto miradas macro y micro de la realidad.

La primera vivencia, visión macroscópica, es la lectura reciente de autores como Zygmunt Bauman, Byung-Chul Han, y Luigi Zoja. Cada uno, desde sus ángulos particulares, filosóficos, sociológicos, históricos, teológicos, psicológicos, buscan reflexionar sobre nuestro tiempo, transición de la modernidad a la postmodernidad para algunos, y para otros, ya tiempos postmodernos. Ponen el acento en lo que como seres humanos vivenciamos-padecemos en estos tiempos, no entregándonos soluciones sino posibilidades de enriquecimiento de nuestra conciencia al ampliar la mirada, más allá de la experiencia personal, y ver el fenómeno colectivo del cual somos parte. Paso fundamental para elecciones vitales, creativas y personales, en tiempos complejos que inducen a comportamientos reactivos y respuestas masificadas con escasa reflexión de por medio.

Sugeres títulos a sus ensayos que se constituyen en sí mismos una experiencia: *La modernidad líquida; Vidas desperdiciadas; La modernidad y sus parias; Extraños llamando a la puerta, (Bauman, Z.); La sociedad del cansancio; La agonía del eros; La sociedad de la transparencia; El aroma del tiempo, un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse; La sociedad del trabajo y el rendimiento; Tipología de la violencia, (Han, B.); Paranoia; y, La muerte del prójimo, (Zoja, L.),* van dibujando, en la descripción de observadores agudos de nuestro tiempo, una sociedad poco acogedora a lo humano que se construye sobre un trasfondo

narcisista y autorreferente, donde la eficiencia y la competencia son lo apreciado; la rapidez e inmediatez de los cambios la vuelven poco predecible y sin las certezas de antaño; la ausencia de un silencio contemplativo y creativo favorecen lo efímero y fugaz; la precariedad y transitoriedad de los vínculos humanos, que nos alejan del otro hasta volverlo un extraño; la violencia sutil de la explotación y auto explotación en trabajos bajo la presión de la exigencia y actividad constante, que se convierten en deber y no en forma de expresión de algo propio e íntimo constitutivo de identidad; y, sobre todo, la dificultad creciente para convivir y comprometerse con el otro cercano. Bauman (2006/2016), describe lúcidamente las estrategias para defendernos de lo que nos trae el otro: la separación por la exclusión; la asimilación despojándolo de su aporte como ser único e irrepetible, y la invisibilidad al punto que ya no son percibidos esos otros de nuestro entorno. Retrata así, lo que él llama “residuos humanos”, productos de la globalización y de las crecientes migraciones.

Me detengo en *“La muerte del prójimo”*, de Luigi Zoja (2015), analista junguiano, ensayista, historiador, suscitador de nuevas conciencias. Este autor describe nuestro tiempo en sus avances científicos, tecnológicos, informáticos, económicos, culturales, haciéndose cargo de un aspecto menos luminoso que el progreso, y que sufrimos, pero tememos nombrar: la creciente alienación en la que estamos sumergidos sin mucha conciencia de las consecuencias devastadoras para la ecología de lo humano. Consecuencias que también experimentan hombres y mujeres consagrados, hijos e hijas de este tiempo. Ya no se trata del grito de Nietzsche que anuncia la muerte de Dios y el advenimiento de la ciencia, nos dirá, se trata de la constatación de la muerte del prójimo.

Para Zoja (2015), después de la muerte de Dios, la muerte del prójimo representa la desaparición de la segunda relación esencial para el ser humano, muerte que lo adentra en la experiencia de una soledad muy básica, que toca los fundamentos de su propia identidad: *“Es un huérfano sin precedentes en la historia. Lo es en un sentido vertical-ha muerto su Padre Celestial-, pero también en un sentido horizontal: ha muerto quien estaba cerca de él”*, (Zoja, 2015, p.23)

La segunda vivencia, visión microscópica, completamente distinta a lo que me produce el encuentro con la reflexión de Bauman, Han y Zoja, y que me habita mientras busco la ruta para

este texto, es la noticia de la muerte de una gran mujer y amiga, Ana María Campos, misionera franciscana, de la misma cosecha, enero del 59, a quien conocí hace muchos años atrás siendo los momentos con ella, cuando la vida cruzaba nuestras rutas, simples, profundos, ciertos, llenos de humanidad. La conversación y el compartir continuaba donde había quedado en nuestro último encuentro, teniendo como trasfondo la pregunta que interroga sobre lo esencial. En ella, ni Dios ni el prójimo estaban muertos:

Dios me visita en un hospital marginal, me abraza con su infinita misericordia cuando aparece la desolación y me resulta difícil encontrarle el sentido al dolor que hace crujir mis huesos. ¡Celi ha regresado!, la hermana enfermedad, que lucha por quedarse en mi cuerpo desgastado, dejando mi corazón vulnerable al amor infinito que me rodea, excluido de la esperanza de ser curado, pero con la convicción absoluta, que el recurso más profundo y más potente de sanación, es la dimensión espiritual, toda mi existencia va al encuentro de este humilde Dios encarnado, camino en compañía, no estoy sola, él va conmigo. (Ana María)

La muerte de alguien concreto, significativo, amorosamente cercano, nos instala en la vivencia del silencio de los sentidos. Ya no se le aprehende por el tacto, el olor, la mirada, el oír, el gustar, vehículos privilegiados de contacto humano. Los sentidos, excluidos radicalmente de esa relación, reclaman el vacío mientras se produce, poco a poco, un nuevo espacio de encuentro, un recuerdo íntimo pleno de memoria sentida, una conversación que se sostiene desde el interior, nueva cercanía, misteriosa, real para quien la experimenta, aunque difícil de explicar.

Cuando Lugi Zoja nos interpela con la muerte del prójimo en nuestro tiempo, no habla de esa muerte que sentimos y sufrimos, plena de humanidad y que nos humaniza aún en la distancia más radical a experimentar con un otro significativo. Zoja, nos instala en una realidad con la que convivimos a diario sin darnos cuenta. *Soledad esencial* le llama él, que no dimensionamos hasta que la ansiedad, en sus variadas versiones y, en la cada día más común crisis de pánico, o la depresión como desánimo, pérdida de rumbo, desorientación, aburrimiento de existir, se nos

instalan como extraños compañeros de ruta, síntomas diríamos desde la perspectiva clínica, malestar como invitación a tomar conciencia de algo que no reconocemos, desde la perspectiva existencial. Nos hemos vuelto distantes del otro, aunque estemos a su lado, y de nosotros en tanto otro íntimo para nosotros mismos, distraídos o atentos al whatsapp, lo que es lo mismo para quien está a nuestro lado, ensimismados, expertos en evitar su mirada. Lo otro, el otro, distinto a mí, próximo a mí, molesta, interrumpe, distrae, complica, intimida, hasta que ya no me importa. Solidarios con lo distante, defendidos y ausentes de lo cercano. Sin percatarnos, en la distancia desconfiada del otro, nos hemos vuelto ajenos a nosotros mismos e incapaces de experimentar lo que, Ana María en relación a su hermana enfermedad como le nombra, nos acerca como experiencia esencial en la ruta de la humanización: la vulnerabilidad que nos vincula, *“dejando mi corazón vulnerable al amor infinito que me rodea.”*

La propia vida, como desafío en todos nosotros es, su vida en particular lo fue, una ocasión para revelar nuevas posibilidades de la experiencia humana en los contextos concretos que habitamos. No sólo repetir o imitar lo que otros han mostrado, también aportar con la vida personal, en este desafío colectivo de volvernos un poquito más humanos. Ese es el punto de encuentro del todos y del uno. ¿Qué puedo hacer yo para cambiar el rumbo de las cosas? Y esto es concreto, tan concreto, por ejemplo, en temas que fueron vitalmente importantes para Ana María, como la conciencia del valor y la presencia de lo sagrado en personas y culturas diferentes, experimentado en su paso por Sudáfrica (tierra que amó profundamente), Bolivia, Perú, Italia, Inglaterra, la India y otros, y en su clara posición de impedir que se naturalice la violencia y el abuso sexual a nuestros niños y niñas, y a las mujeres, en cualquier contexto, tema que compartimos muchas veces. Eso es reciente en la historia de la humanidad, y quienes nos han permitido entrar a humanizar ese espacio de silencio y sufrimiento han sido los violentados y las violentadas, y los que, como ella, se han conmovido. Ser movido por la compasión, entendida así, como: *eso que veo en ti, eso soy*, es una tremenda revelación espiritual de la que aún estamos como humanidad arañando las primeras capas. Revelación que trae como consecuencia una rebelión a lo establecido, cuando ello oprime, y la necesidad de introducir novedad y cambio en las formas en que nos relacionamos. Ante un mundo que escapa de la vulnerabilidad o la

deshecha, Ana María la reivindicó en su existencia como el puente que nos vincula al otro fuera y dentro de nosotros mismos, y que nos transforma a todos.

El proceso de humanizarse
El otro en la ruta del conocerme y reconocirme

Reconocer que los otros existen tan plenamente como el yo es a la vez un acto de conocimiento (eso es verdad) y un acto moral (eso está bien). (Arte y Moral, Tzvetan Todorov, El Mercurio, Artes y letras, E5, 11 de junio 2017)

Nacemos humanos, de humanos, e inmensamente vulnerables, requerimos ser reconocidos en la comunidad humana, apego existencial básico a las primeras figuras de cuidado y afecto, configuración temprana de patrones relacionales que nos acompañarán toda la vida, adentrándonos, así, paulatinamente, y en un proceso nunca acabado, en las coordenadas humanizadoras. Sin la presencia de otro humano, de la vida en sociedad, no se desarrollan potenciales que conocemos como propiamente humanas especialmente en los aspectos psíquicos y de desarrollo afectivo y mental.

La progresiva humanización se acelera con el surgimiento y desarrollo de la conciencia, y las manifestaciones psíquicas propias de la cultura humana que de ésta se derivan, y que se asientan en la aparición del lenguaje. Se reconocen también como propiamente humanas, la imaginación creadora en tanto lenguaje natural del alma que compensa la primacía del logos en la conciencia, la posibilidad de pensamiento abstracto y reflexivo que nos da autonomía del medio, la posibilidad de elegir entre varias opciones asumiendo el riesgo con la concomitante responsabilidad individual que conlleva, y otras funciones superiores asociadas al desarrollo de la corteza cerebral. En el plano afectivo, el desarrollo de sentimientos como la compasión, la empatía, la solidaridad, el amor por el prójimo, el compromiso con causas de interés colectivo, por nombrar algunos, que acompañan el desarrollo ético. Lo que nos distingue de otras especies, es que estas respuestas no quedan sólo ancladas a un patrón instintivo, requieren de un campo de relación, es decir, de la presencia de otro humano para que se disparen y emerjan como posibilidad en desarrollo.

Después, a lo largo de la vida, podemos consciente, libre, y racionalmente colaborar con esta humanización progresiva de nosotros mismos y de la comunidad humana, reconociendo las vulnerabilidades propias, puentes de vinculación, y haciéndonos cargo de aquello que también somos los humanos en nuestras dinámicas sombrías: más narcisistas (primacía exagerada del yo en mi conciencia a costa del otro) o en exceso ecoístas (primacía exagerada del otro en mi conciencia a costa del yo), ambas dinámicas descuidan, manipulan, discriminan, violentan, dañan, abusan, destruyen literal y simbólicamente, al otro o al yo, lo que al final es lo mismo en el sentido de ser ésta una unidad indisoluble: yo-otro, es lo afectado. Para unos el polo de tensión y atención en el crecimiento será: *Ama al otro como te amas a ti*. Para otros: *Ámate a ti como amas al otro*.

De lo anterior se desprende la interdependencia radical del yo y el otro. Imposible conocerme y reconocermelo si no se instala en mi conciencia, en la justa medida, el otro como contraparte. Es quien nos trae la experiencia de otra realidad y nos impulsa a un descentramiento fundamental para el desarrollo. Parece tan básico y sin embargo es de lo más complejo y fuente constante de tensión entre los seres humanos. La vulnerabilidad compartida vuelve a ser el puente a cruzar:

El reconocimiento de que compartía con otros mis sentimientos más profundos, mis más hondas esperanzas y temores, mis éxitos más valorados y mis más deplorables fracasos, me dio un sentido totalmente nuevo de estar conectada con el conjunto de la humanidad, no sólo mediante relaciones externas sino en el mismo núcleo de mi ser. (Downing, C., 1993, Espejos del yo: p.9-10)

¿Humaniza la Vida Religiosa?

Esta pregunta, expresada así o con otras formulaciones, que he escuchado muchas veces en el contexto de la psicoterapia o de la docencia, especialmente cuando en lo personal o institucional se experimentan conflictos humanos serios en la vida comunitaria, entraña una trampa conceptual. El decir sí o no, implicaría que la VR en sí misma tendría, o no tendría, en su estructura interna el factor humanizador. Por lo tanto, un individuo que ingresa a la VR, dependiendo de mi respuesta inicial, se humanizaría o dejaría de humanizarse. El problema de pensar en esos términos es que estamos dejando fuera un elemento central que es la propia

estructura de quien opta por esta vida. También se desperfila que quien humaniza, y se humaniza, son los humanos que construyen y se enfrenta a ese contexto relacional. La experiencia nos dice que en una misma estructura de VR unos se humanizan y otros se estancan o incluso involucionan, de acuerdo a sus relatos. Esto no libera a quienes conforman una organización religiosa, de preguntarse por la salud y la enfermedad en sus sistemas. Las organizaciones también padecen neurosis, paranoias, disociaciones severas, parcelas de indiferenciación o de extrema presencia de límites, que agobian especialmente a sus miembros más vulnerables, al punto de no tener la fuerza para partir a tierras más fecundas para su individuación.

La inquietud en el presente sobre las posibilidades de la VR y, en concreto, la comunidad que forman sus miembros, de ser o no ser una experiencia humanizadora, se enlaza en parte importante en la dificultad propia y creciente de nuestro tiempo de incorporar al otro, próximo y cercano, como un actor central y no un accidente vital en nuestras vidas. La VR, en tanto organización que se vuelca al servicio de otros, especialmente los más vulnerables de la sociedad, puede padecer el síndrome de ser solidarios con lo distante, defendidos y ausentes de los cercanos. Cuánta soledad se anida en comunidades de hermanos/as con una actividad pastoral, misionera, importante. Por lo mismo, un nuevo topos misionero se configura en el presente. La comunidad de próximos y próximas se vuelve en sí misma un lugar de anuncio de posibilidad para este tiempo donde el otro cercano se desperfila para el yo.

La comunidad en tanto espacio relacional en estos tiempos, no sólo es un ámbito privado, es también un tipo de relación profundamente política en la medida que sea capaz de transformar estructuras que nos aíslan, contiene semillas de cambio social. La comunidad potencialmente tiene la fuerza de influir en otros no por lo que dice o hace, sino por cómo se relacionan.

***La comunidad como espacio de desafío de humanización.
Territorio de migrantes.***

*Desconocido, si te encuentras conmigo al pasar y deseas hablarme,
¿por qué no habrías de hablarme?
¿Y por qué no habría de hablarte yo a ti?
(Walt Whitman, A Ti, en Hojas de Hierba)*

La comunidad religiosa es un espacio particular por su conformación, no se eligen en lo individual, se encuentran habitando un mismo espacio elegido y compartido con desconocidos, extranjeros para el yo, migrantes de otras tierras psíquicas en función de sueños profundos del alma, más allá de lo que la conciencia personal explica y conoce. Dispuestos a buscar lo que une, lo que vincula, lo que marca nortes comunes, cargando no sólo posibilidades y esperanzas sino también dolores y sombras complejas que no harán sencillo el ajuste. De esta forma, son todos migrantes acogidos o rechazados, y a la vez, todos, tierra que acoge o que rechaza.

El habitar un lugar físico común para llamarse comunidad está hoy en cuestión, como otras prácticas históricas, (manejo del dinero, autonomía en las decisiones, etc.), no sólo por lo problemática que resulta su concreción para algunos sino también por apuestas novedosas, creativas, que no nacen de una oposición a un modelo histórico sino como respuesta a nuevos desafíos. Se habitan otros lugares comunes, simbólicos, virtuales, temáticos, que hermanan en tejidos vinculantes y sentidos, y rompen fronteras psíquicas y límites espaciales.

En estos tiempos, la comunidad, más que volverse un espacio adoctrinador que borre o minimice las diferencias, requiere la flexibilidad de existir para reconocer, contener y fomentar las posibilidades creativas que aguardan en cada persona que la conforma. Un gran desafío es potenciar la diferenciación creativa en oposición al polo que busca homogeneizar para mantener la unidad. Cuando cada vez son menos las tareas institucionales el factor que une, la comunidad requiere ser más hogar, comida caliente, resguardo del frío, espacio de secretos compartidos, afectos vivos. Vale la pena detenerse y preguntarse qué de las dinámicas comunitarias liberan, oxigenan, posibilitan el contento de vivir y permiten que sus miembros desplieguen el máximo de lo que son o pueden llegar a ser.

El cuidado de sí mismo y del otro en el horizonte de humanizarse, es distinto a mantener el bien de paz, o la fiesta en paz. Implica compromiso y jugarse la relación en pos de ser auténtico con el otro y consigo mismo. Cuidar al otro supone otorgarle el poder de decidir qué hace con lo que honestamente veo en él, y a la vez, permitirle ser mi espejo. Se trata de amar, respetar, cuestionar, perdonar, desafiar, aceptar... esa es la ruta de relaciones humanizadoras. En el corazón de la individuación, no encontramos primacía del individualismo porque no se es más humano sin considerar al otro.

Los múltiples espejos de yo

*En la sombra no caben vanidades
cada sombra es la franja de un secreto
uno se encuentra allí consigo mismo
sin pena sin soberbia y sin desvelo
el corazón se entiende con la sombra
ensaya allí sus claves de silencio
(Elogio de la sombra, Mario Benedetti)*

Los avances tecnológicos en mi computador, a menudo me sorprenden con sus increíbles posibilidades. Frecuentemente escucho voces a favor y en contra del potencial que entraña su uso, del peligro de deshumanizarnos, o del beneficio de abrirnos a nuevos mundos. A veces las discusiones adquieren un tono fundamentalista en ambos extremos otorgándole a los avances tecnológicos un poder extraordinario y minimizando el factor humano que enfrenta el desafío de humanizar aquello que crea. Quiero terminar mi reflexión con la experiencia que, desde la última actualización del window 10, vivo en el encuentro con esta herramienta y que me resulta sugerente en el contexto de este artículo.

Cuando prendo mí notebook, o lo activo después de un período de no uso, aparece cada vez, una imagen distinta y una pregunta: *“¿te gusta lo que ves?”* Muchas veces voy tan rápido a la tarea que me hace entrar en relación con mi notebook que la pregunta, y sobre todo la imagen, pasan sin ser registradas por mi conciencia, sin volverse una experiencia. Este aparato no se desanima con mi desatención o exceso de focalización en la tarea que me hace utilizarlo. Vuelve a su carga cada vez que lo activo para trabajar: *“¿te gusta lo que ves?”*

En algún momento, me detuve, miré, me pregunté sobre aquello que veía y lo que me producía, y tomé una decisión al responder la pregunta. Invariablemente recibo como respuesta: *“gracias”*. No importa si afirmo que me gusta lo que veo o si respondo que no me gusta. Todas las veces la respuesta agradece que me detuviera y me interrogara. Este ejercicio se ha vuelto un momento de contacto conmigo misma al iniciar mi trabajo en la mañana y en algunas pausas en el día. Me detengo, contemplo y me interrogo sobre aquello que veo. Al igual

que un día nublado es triste para quien lo observa desde su tristeza, percibo que aquello que me gusta o me disgusta tiene que ver en grados significativos conmigo misma. La imagen es un disparador de algo en mí que se relaciona con ella. Dice tanto de mí como de sí misma.

Si traslado esta experiencia a la imagen que de mí me devuelve el espejo cada mañana y la dejo interrogarme no sólo por el aspecto estético de ella sino por lo que me permite observar de mí misma, en una mirada atenta, especialmente a los ojos, uno a la vez: *“¿te gusta lo que ves?”*

O, si entrando en los campos de relación con los otros con los cuales convivo a diario, observo la imagen que me devuelven de mí en su mirada, y me permito interrogarme: *“¿te gusta lo que ves?”*

Si nos permitiéramos agradecernos, tanto cuando contestamos que nos gusta lo que vemos como cuando respondemos que no nos gusta lo que vemos, podríamos, tal vez, salir de la trampa de lo perfecto, lo bueno, lo adecuado, lo esperado, lo correcto y tantos otros adjetivos atrapadores, para reconocernos en toda la complejidad que nuestra humanidad encierra. Lo humano no transita siempre, aunque quisiéramos que así fuese, en el orden de lo establecido o en el mundo de lo adecuado. Transita en los bordes articulando la dura tensión entre lo que somos, lo que añoramos ser, lo que nos piden que seamos, lo que negamos ser, lo que ocultamos ser, lo que anhela ser en nosotros. Entrar en relación con ese complejo entramado y aprehender de él aquello que amplíe la visión que tengo de mí misma y a la par me vincule con algo más allá de las trampas en la visión de mi ego, requiere coraje y al otro que me mira, acogiendo y desafiando.

Eso que veo ahí soy yo y de eso soy responsable en el sentido de permitir que el máximo de mi naturaleza humana se exprese en la ruta que me invita a convertirme en el ser humano que estoy llamada a ser, ni más ni menos. En eso también se juega la individuación de quienes caminan conmigo. Si lo posibilito para mí lo posibilito para el otro. Cualquier otro arreglo de esta historia, huele a autoengaño. La conciencia y los otros en esta ruta, con toda la complejidad que encierran, al igual que la mía, son aliados imprescindibles. Sin ellos no hay humanización posible, y el puente de encuentro: la vulnerabilidad compartida.

Termino estas reflexiones en voz alta, con un tributo a Ana María, el encuentro con ella me hizo mejor persona, su temprana partida me conmueve y su amistad me honró y me honra. La imagino con el camino abierto y con las palabras del poeta en sus nuevas andanzas:

Desde este instante, me declaro exonerado(a) de límites

Y líneas imaginarias:

Iré a donde me plazca, dueño(a) y señor(a) absoluto(a) de mí,
Escucharé a los demás, consideraré bien lo que digan,
me detendré, investigaré, recibiré, contemplaré,
me desprenderé sin violencia, pero con voluntad indoblegable,
de las ataduras que me sujeten.

Aspiro el espacio a bocanadas:

El este y el oeste son míos, y el norte y el sur son míos.

Soy mayor y mejor de lo que pensaba.

No sabía que contuviese tanta bondad.

Todo me parece hermoso.

Puedo repetir a hombres y mujeres una y otra vez:

Me habéis hecho tanto bien, que quiero corresponderos;

Me reaprovisionaré sobre la marcha, para mí y para vosotros;

Me diseminaré sobre la marcha entre hombres y mujeres;

les infundiré una nueva alegría y una nueva aspereza.

Quien me niegue, no me perturbará;

Quien me acepte, hombre o mujer, será bendecido y me bendecirá.

(Canto del camino abierto, Walt Whitman)

Referencias:

Downing, Christine, (1993) Espejos del yo. Editorial Kairós: Barcelona.

Zoja, Luigi (2015): La muerte del prójimo. Fondo de cultura económica: Buenos Aires, Argentina.

Bauman, Zigmunt La modernidad líquida / Vidas desperdiciadas / La modernidad y sus parias / Extraños llamando a la puerta.

Han, Byung-Chul La sociedad del cansancio / La agonía del eros / La sociedad de la transparencia / El aroma del tiempo, un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse / La sociedad del trabajo y el rendimiento / Tipología de la violencia.